

# CUATRO AÑOS EN UN DÍA EN FAE

POR KARINA FRÍAS

04 de marzo de 2020

Si hay algo que distingue a FAE de otras Facultades es cómo su población estudiantil corre de un lado a otro cargando vestuarios y muebles para llegar a tiempo al ensayo que está ocurriendo justo en ese momento... En el otro edificio. Sin embargo, esto no empieza a suceder sino unas semanas después de iniciadas las clases; los primeros días, a diferencia de otras dependencias de la Uni, se sienten vacíos, sin la chispa del estrés, la adrenalina y el aplauso con grito al final, cuando después de mil veces ensayando salió bien la primera escena. Hasta que no sucede esto, uno se siente extraño. ¿Ir a clase y salir a la hora que indica el horario de SIASE? *I don't know her.*

Cuando me pidieron escribir cómo sería un día en FAE, no pude evitar recordar que, por cuatro años, mis días estuvieron llenos de pasillos concurridos y miradas curiosas —asomándose por la ventana de puntitas sobre las bancas blancas— y casi no me daba cuenta de eso.

Y es que uno no reflexiona hasta que tiene los días contados; cuando entré a estudiar y vi a los chicos de laboratorio correr, pensé “un día estaré como ellos”. Ya estuve como ellos y solo me quedaba pensar “jamás volveré a ver a los de sexto correr otra vez”. (Spoiler, empecé a dar clases aquí y sí los volví a ver, pero cuando escribí esto, yo no sabía que volvería). Esas fueron las últimas veces que me tocó ser parte de la gente que carga muebles por todas sus instalaciones.

Tal vez no prestábamos atención porque estábamos muy ocupados pensando en lo que no estaba terminado del montaje, en cómo fulanita no pudo imprimir la carpeta y era lo único que tenía que hacer, cómo fulanita no pidió la escenografía tres días antes y en bodega no nos dejaron sacar nada, aunque lloramos. Al final, otros compañeros nos ayudaron a montar, la carpeta se entregó el último día de clases y don Deme nos dio chanza. Entonces me di cuenta de que perdí mucho tiempo pensando en cosas que tenían solución.



Nunca hay que dejar pasar las oportunidades de vivir estas experiencias que ninguna otra Facultad nos ofrece, porque creo que todos, hasta aquí, nos hemos sentido identificados, pero si alguien ajeno a FAE leyera esto nada tendría sentido. Si han tenido oportunidad de observar el alumnado en otros lugares, uno se extraña de que la gente se extrañe de verte sentado en el piso. ¿Sabes qué tan únicos nos hace tener un lenguaje corporal, una dinámica y un modo de coexistir que solamente nosotros, los camaleones, entendemos? Por eso me puse a pensar que por cuatro años vi esas cosas y me parecieron normales. Tan normales, que pasa de ser extraordinario a algo de todos los días, pero después de esos meses, cuando fue la última vez que entré como alumna, ya jamás hubo gente en el lobby ni en los pasillos ni interrumpiendo un ensayo porque es su turno de utilizar el aula; las filas enormes los fines de semana para ver la función en el Teatro Espacio parecían molestas, pero cuando pensé que ya no habría carnet que llenar ya no sonaba tan mal pasar cuatro horas haciendo nada en los pasillos del lugar que nos vio reír, llorar, frustrarnos, lograr hacer ese giro que no coordinábamos, terminar ese monólogo sin error.



***FAE parece abrumadora algunas veces, pero no deja de ser un hogar.***

Incluso es válido pensar que no tiene sentido o que no vale la pena, pero cuando estés en un cubículo dentro de una biblioteca donde sí piden que guardes silencio, entonces vas a extrañar que en la nuestra podemos hacer lecturas dramatizadas sin problema.

Con todo esto, me sumo –aunque me negaba– a decir: aprovechen. Porque las experiencias buenas le ganan, por mucho, a todas las malas, especialmente cuando aprendes que, con las personas correctas, vale la pena pasar los tragos amargos, porque son los compañeros que quieres tener en la vida y lo demás, aunque parezca que no tiene fin, pasa. Y el resto deja de importar: el montaje sale porque sale. La experiencia de vivir una carrera en un arte escénico y ser parte de una comunidad que es un mundo chiquito, dentro de un universo lleno de otras cosas, difícilmente vuelve a pasar.

Un día, cuatro años, toda una vida en FAE, son un pequeño patrón de cosas puntuales que tienen que pasar: gente ensayando, cargando muebles, llorando, haciendo ruido, riendo, bailando en aulas vacías, pero cada una de esas veces, aunque se repiten a diario, por semanas, semestres y años, son como las puestas en escena: completamente diferentes. Y si nos preocupamos por las cosas que igual se van a solucionar, nos estamos perdiendo de la experiencia de vivir el arte en carne propia y que nos enchine la piel todos los días. Cuando volteas atrás y ves lo que construiste ¿Estás orgulloso?

